

CARTA OCTAVA

Objeción esperada : muy hermoso ; pero no es práctico. — La pereza educadora. — Formación moral de los niños. — La afirmación ; el ejemplo. — De nuevo la pereza educadora. — El castigo : reproches, golpes, humillaciones, privaciones. — Hay que ser severos : sentido de esta palabra. — El niño sólo es dichoso sometido á una regla severa. — Inconvenientes de la amnistía. — Otra vez y otra la pereza educadora.

ME aseguras, querida sobrina, que habiendo comunicado á otras jóvenes madres la novelita educativa esbozada en mis dos cartas precedentes « Si Pedrito y Simona estuvieran confiados á mí... » no les ha disgustado (tus amigas son muy amables), pero han sonreído irónicamente. Y han dicho :

— ¡Qué bonito y, sobre todo, qué práctico sistema ! Basta tener una casa de campo, una granja, una *nursery* de primer orden y, además una pareja de niños y un miembro del Instituto que consagra la totalidad de sus horas á vigilarlos, á dirigir sus inteligencias y á participar en sus juegos ! No dudamos de que, en estas condiciones, Simona y Pedro progresarán rápidamente. ¿Pero y los otros? ¿Y los hijos de las familias que carecen de dominio en Berri y de preceptor académico?

En estas críticas reconozco, Francisca, algo de verdad y mucho de error.

Esa parte de verdad, ya te la he señalado, es que *la educación es un privilegio*. Púedese intentar (todos los Estados civilizados lo intentan) ensanchar el círculo de los privilegiados ; se puede esperar que un día, la gran mayoría de los

niños, serán « educados ». Pero, confesemos que todavía estamos muy lejos de este ideal cívico y social.

¿Pero en qué cambia esto las leyes esenciales de una buena educación?

Si yo escribiera un tratado de esgrima, supondría que el lector sabe el uso de todos sus miembros y, además, de la espada, del guante, del vestido y de las zapatillas. Esbozando un tratado sobre educación, mi postulado es que los niños no vivan en un desierto, ni estén exclusivamente rodeados de iletrados ó de gentes reducidas á una lucha sin tregua por el pan cotidiano. Es verdad ¡ay ! que existe esta clase de niños. Y, es claro, un tratado de educación ideal, no les concierne.

La educación es un privilegio : tus amigas tienen razón para deducirlo así de mis consejos... Sin embargo, están en un grave error imaginando que la aplicación de estos consejos estrechará más este círculo de privilegio.

Mis consejos son fruto de la observación simplemente atenta y del simple buen sentido : te aseguro que, en absoluto, no hay necesidad de un miembro del Instituto para inventarlos. Pero en todo caso, una vez las observaciones notadas, las reglas puestas y el método fijado, un educador de inteligencia y de cultura mediana basta para llevar adelante la obra, con tal de que aporte á ella conciencia y paciencia.

Todo lo que propongo como sistema de enseñanza es de fácil ejecución para una familia de burgueses regularmente acomodada ó en una escuela bien organizada.

Ya ves, querida Francisca, la descorazonadora objeción de tus amigas : « ¡Qué bonito y, sobre todo, qué práctico ! », lo que es una forma perfeccionada de la *pereza educadora* de los padres. He respondido ya y no insistiré más sobre ello. Dejemos murmurar á las mujeres y continuemos nuestros ejercicios.

* * *

El niño no sólo es un inteligencia, una facultad receptora y productora de ideas. Es también una voluntad y una sensibilidad. Nos va á costar trabajo definir estas palabras

todas las nociones esenciales son casi indefinibles. Pero nosotros ya nos entendemos ¿no es verdad?... Tus deseos de madre y mis cuidados de educador tienden á que el niño adquiera sanos hábitos *morales*, al mismo tiempo que habitúe útilmente su espíritu.

Existe toda una literatura cuyo objeto es enseñar la moral á los niños y cultivar su sensibilidad. Que me perdonen los autores de tal literatura; pero ésta me produce el efecto de un vaso de tibia agua de azahar; es decir, de un vomitivo dulce. Cuando menos Juan Jacobo es entretenido con sus dramas pedagógicos, su manera ingeniosa y loca de hacer « descubrir » á los niños las leyes de la moral... Loca : porque de lo contrario también sería razonable dejar á los pequeños gustar el contenido de todas las botellas de un laboratorio para experimentar los venenos y « descubrir » á costa de su salud y de su vida las substancias nocivas. ¿Debemos concluir que la formación moral de los niños debe confiarse al azar?... Debe ser, por el contrario, muy firme y muy activa, pero *no debe ser doctrinal*. El procedimiento teórico carece aquí de valor; el niño, antes de los siete años, no puede saber discutir ni comprender esas misteriosas reglas morales que extravían, á veces, la reflexión de los mismos adultos.

La enseñanza moral á los niños sólo tiene dos procedimientos eficaces :

El uno, el ejemplo.

El otro, la educación.

No me entretendré en discutir la eficacia de una afirmación precisa sobre el alma del niño; esto es la evidencia misma y toda experiencia la confirma. El niño se agarra gustoso á una mano sólida; se deja llevar alegremente por brazos firmes; pero desconfía de las manos que tiemblan; llora cuando brazos débiles le levantan del suelo. El niño respeta y quiere la fuerza física, desde que adivina que esta fuerza está coaligada con su debilidad. Paralelamente, en el dominio moral, el niño aprecia la precisión, la firmeza, la decisión, la fuerza de los que le dirijen. Su instinto le revela que, con tales directores, tiene más seguridad... Inútil insistir más : sobre este punto, las opiniones son unánimes. Sin embargo, buen número de

padres, confían sus vástagos á los criados; es decir, á una de las clases sociales menos « morales » que existen.

Nosotros diremos á los niños : « Esto debes hacer y estotro no. » No avaloraremos nuestros preceptos con una multitud de explicaciones, ni caeremos en la ridiculez de querer demostrar á los neófitos de cinco años los fundamentos de la moral. Trataremos, por el contrario, de reducir para ellos, tanto como sea posible, el número de preceptos. Decir á los niños como se dice á los mayores : « Lo que no quieras para ti no lo quieras para otro », es tomar ya un aire de razonamiento que debilita la regla. Decidles simplemente : « No hagas daño á tus semejantes. » Y todavía este precepto no será para ellos el más importante, porque no lo comprenderán á fondo.

Los dos preceptos esenciales que contienen toda la moral infantil son :

1.º « *Obedecerás.* »

2.º « *No mentirás.* »

Reflexiona, Francisca, que estos dos preceptos contienen toda la moral infantil, porque son la condición esencial, es decir, el perfeccionamiento moral del niño. Si el niño desobedece ó miente, tus medios de acción sobre él quedan paralizados. Añado que los paraliza todavía más la mentira habitual que la desobediencia fortuita. La educación de la verdad es, pues, esencial. Es indispensable que el niño se penetre de la vergüenza que implica la mentira, que tenga el orgullo, casi el esnobismo de la franqueza.

Nada de transacciones sobre estos dos puntos : obediencia y severidad. Toda desobediencia y toda mentira se conceptuarán como graves faltas.

Ninguna historia horripilante ó ejemplar vale la precisión, la franqueza, la autoridad de estas afirmaciones, á condición de que sean corroboradas (y no rectificadas) por el segundo agente de la moral infantil : el ejemplo.

¡ El ejemplo !

Este segundo agente de la educación moral de los niños, mi querida sobrina, es, indudablemente, el más enérgico. Sólo la pereza educadora de muchos padres, una pereza que merece aquí el nombre de cobardía, hace su uso menos

común. Con demasiada frecuencia, el ejemplo contradice la afirmación. Abandonados á los criados, los niños ven fracasada la autoridad y la verdad pisoteada. El padre, la madre, los hermanos mayores no dejan ofrecer, en el hogar mismo, constantes ejemplos de anarquía y engaño.

¡ Pues bien ! La educación moral de la infancia es imposible en estas condiciones. Todos los preceptos de obediencia y veracidad que intentes inculcar continuarán « en el aire » (como decíamos no hace mucho al hablar de ciertas enseñanzas intelectuales) si no se apoyan en el ejemplo, en hechos reales, visibles.

Así, pues, cuando los padres se sientan desprovistos de fuerza moral para fortificar con su ejemplo la ley de obediencia y veracidad, lo mejor y más acertado que pueden hacer es alejar á los hijos del hogar. Una mediana escuela es preferible al hogar donde reina el desorden : los niños estarán menos expuestos á descubrir la oposición entre los preceptos y el ejemplo.

¡ Felices los hogares en que los padres se imponen la ley del sano ejemplo y se imponen sacrificios para educar á sus hijos ! Yo conozco madres que han aprendido el latín para ayudar al rubio neófito, su hijo, al que comienzan á enseñar : *Rosa*, la rosa... Nada más encantador, nada más hermoso que esta reeducación de los padres por y para el hijo.

Y sería éste hermoso asunto para una novela que, seguramente, no aburriría al lector.

* * *

La afirmación... el ejemplo... medios poderosos para actuar sobre la voluntad de los niños é imponerles provechosos hábitos adquiridos. Pero, recuerda, Francisca, nuestro « paralelogramo de los hábitos » : estos buenos hábitos adquiridos estarán en lucha permanente contra los hábitos innatos, mejor dicho, contra los instintos. El instinto llevará al niño á seguir sus deseos impulsivos, contrariamente á la obediencia, y á ocultar su desobediencia empleando la mentira.

Una vez comprobadas la desobediencia y la mentira, ¿qué deberá hacer el educador?

Puede emplear varios sistemas :

Primer sistema : No hacer nada, ó cuando menos, no hacer habitualmente nada, línea á seguir de tiempo en tiempo. Ningún progreso moral deja de ser practicable entonces. La noción de que « Todo se paga » es esencial para la educación de los niños y no admite ni excepción ni transacción. Si el niño no comprende lo relativo no puede apropiarse los matices. Vive contento cuando se le somete á una regla fija, absoluta.

Segundo sistema : El discurso, el llamamiento á su sensibilidad.

Este es un procedimiento muy favorable á las historietas morales escritas para niños. Alberto ha cometido tal delito pueril; ha ensuciado sus vestidos. Su madre guárdase muy bien de castigarle; pero muestra un rostro tan afligido que Alberto se siente acosado por los remordimientos. Se arroja á los pies maternas, proclama su indignidad en medio de llantos. El niño y la madre confunden sus lágrimas. Besos, algunas reflexiones, perdón, alegría familiar.

Hay que atreverse á decirlo, Francisca. Yo considero tales ejemplos como perniciosos y tontos. Felizmente, su misma tontería limita lo que tienen de nocivo impidiendo que se les tome en serio. El educador debe contar muy poco con la sensibilidad del niño, por la simple razón de que éste tiene muy poca sensibilidad, en el sentido profundo de la palabra. El niño es *emotivo*, pero no *sensible*. Precisamente porque pasa rápidamente de la risa al llanto, demuestra que su sensibilidad no es todavía continua ni está organizada... ¿No se ha oprimido alguna vez vuestro corazón, al ver qué fácilmente pierde el niño la memoria de un padre que le colmaba de caricias, al que creía amar y al cual ha arrebatado la muerte?... No acuséis al niño; debe ser así; así lo ha formado y así lo quiere la naturaleza, cuidadosa de preservar en él las fuerzas que necesita para crecer. Pero no abuséis mucho del « Me causas mucha pena » ó del « Vas á causar mucha pena á tu madre. » Yo

preferiría la fórmula « Porque has hecho eso te quiero menos », que es más precisa y se apoya sobre una base sólida, sobre la idea de sanción, sobre la idea esencial de : « Todo se paga. »

Este es el único sistema bueno; porque es el único moral; el único eficaz; el único, en fin (y me dolería que se quiera ver aquí una intención paradójica), que hace al niño feliz.

Ser feliz, para el niño, no es, de ninguna manera estar mimado. La lógica del lenguaje encierra á justo título en la palabra mimado, un sentido de descomposición, de desorden, de descontento. El niño mimado se aburre, sufre, es, en una palabra, miserable, porque es un pobre extraviado al que ninguna inteligencia, ninguna voluntad bienhechora guía ni preserva... Y si bien es cierto que un exceso de regla (el caso de ciertas escuelas) puede hacer desgraciado al niño, es indudable que vive feliz sometido á una regla inteligente : regla corporal, de alimentación, de ejercicio del espíritu, regla moral.

El niño ha cometido una falta. Si no se la relevais, si os limitais á vagos reproches, si perdonais sin condiciones, *el niño permanece bajo el peso de su falta*. Y no se ve libre de ella hasta que se le aplica un castigo proporcional. Todo ha terminado entonces y la vida normal vuelve á empezar.

Pero, ¿qué castigo?

Antes había uno generalmente empleado : los golpes. Las escuelas eran gehennas. Todavía es éste el sistema del bajo pueblo y de las institutrices inglesas, que golpean *todas*, y bastante duramente, á sus discípulos : las madres deben estar prevenidas.

No esperes de mí, Francisca, una gallarda protesta contra los castigos corporales que se infligen á la infancia. Cuando se trata de razonar siento horror al romanticismo ; pretendo tratar las cuestiones en « el plano de la realidad ». El mal físico existe en la naturaleza y es el que mejor sienten los niños. Algunos de éstos, que fueron corregidos á golpes, no sólo hablan de su infancia sin amargura, pero guardan un vivo afecto al educador que les golpeó...

No es, pues, por efecto de una piedad sentimental por lo que proscribo el sistema de los golpes : sin embargo, *lo proscribo*.

Lo proscribo porque es peligroso hasta para la misma moral de la educación. Golpear al niño es el acto excesivo del fuerte contra el débil, del armado contra el indefenso; la fealdad del acto podrá pasar inadvertida, retenido por un niño entre cuatro... ¿pero, y si ese uno os juzga?... ¿Y si inculcáis así en su alma el culto de la violencia, la idea de que antes que todo hay que imponer su autoridad á fuerza de puños?...

Otro peligro del castigo físico — y peligro siempre para el educador — es que resulta imposible aplicarlo á sangre fría. El educador pega, en la mayoría de los casos, en un momento en que ha perdido su paciencia, lo que le pone en una situación inferior á la del niño. Y cuanto más elevaréis delante del niño la dignidad del castigo, tanto más eficaz será éste. Un castigo aplicado con cierto aparato de seriedad y hasta de tristeza, impresiona doblemente y es más durable su efecto.

Yo proscribiré, pues, los golpes en la educación, no por sensiblería, sino porque es un castigo cuya forma de aplicación resulta muy peligrosa y cuyo éxito momentáneo ofrece enojosas consecuencias. Estas consecuencias son más de temer en la sociedad moderna que en el tiempo en que la barbarie escolar constituía una regla.

Puesto que proscribimos los golpes, ¿qué sanciones eficaces quedan á disposición del educador?

Yo veo dos : las privaciones y las humillaciones.

Puesto que se dan recompensas de amor propio no hay que prohibir, como medio de educación, las penas de amor propio. Porque la educación, para ser eficaz, ha de ser real, calcada en la vida : y en la vida, muchos actos dignos de aplauso, nacen en el hombre por su deseo de gloria y el miedo al envilecimiento.

¡ Pero la humillación es un castigo difícil de administrar y que no debe ser aplicado por cualquiera ! Se corre dos riesgos : ulcerar á un niño delicado, ó que la humillación

no le cause ningún efecto. Las orejas de asno de las antiguas escuelas, la « ropa al revés » de los conventos fueron para los mismos discípulos objeto de burla... Yo preconizaría simplemente « la cuarentena » en el seno de la familia. Durante dos horas, durante media jornada, durante un día entero, nadie hablaría al niño, salvo en casos indispensables; se sentiría aislado de la comunidad; se evitará hasta mirarle... La mayoría de los niños se sienten impresionados por esta sensación de penosa soledad : á otros les es indiferente. El castigo de los niños por la humillación no puede ser considerado, por lo tanto, como un procedimiento general.

El procedimiento de castigo absolutamente general, — en la infancia como en la vida — es la privación. Privación de libertad, de bienestar, de recreos. Cualquiera que sea la variedad de los caracteres infantiles, todos los niños tienen un placer ú otro en la vida. Hay un juego, un juguete, un manjar, un compañero favorito. Estas preferencias son las que el educador debe tener en cuenta para estar seguro de tocar el punto sensible. No esperes de mí, Francisca, que vaya á proponer aquí un código de penalidades para la infancia. Este código debe establecerlo cuidadosamente y cumplirlo con escrúpulo cada familia. Ya sé que lo contrario es lo ordinario : se castiga al azar, según el humor del momento, sin ningún cuidado de que la pena sea proporcionada al delito. Otra manifestación de la criminal « pereza educadora » de los padres.

* * *

Y ahora, para terminar este penoso capítulo de los castigos, hagamos una pregunta de orden general.

¿Hay que ser severos con los niños?

Sí, Francisca, esto no ofrece para mí ninguna duda. Hay que ser severos; no en el sentido de infligir, por faltas ligeras, duras penas; pero sí en el de « no dejar pasar nada » y de procurar que la pena impuesta se aplique íntegra.

Más todavía : creo que el abuso del perdón es pernicioso, aun en caso de un arrepentimiento sincero. El arre-

pentimiento sólo es acreedor á que se despoje al castigo de su aparato de humillación; pero no comprometas con amnistias intempestivas esa indispensable noción del « Todo se paga » que debemos hacer arraigue en el alma infantil...

— « Has mentido. Te avergüenzas. Lloras, te arrepientes... Está bien. Porque sientes vergüenza y te arrepientes y conoces la fealdad de la mentira *ya no te quiero*. Pero de todos modos has mentido y sabes que mereces un castigo. No irás, pues, mañana, á esa fiesta á que están invitados tus amiguitos. »

Evidentemente, esto es doloroso y, con frecuencia, más doloroso para los padres que para los hijos. Al día siguiente verán al sér que adoran desgraciado, triste, dolorido, con lágrimas en los ojos... ¡No importa! Hay que darlo por bien hecho... Como los pueblos incivilizados, los niños consideran el perdón de los padres como una derrota de éstos y una victoria de ellos. Y no se equivocan. De diez veces nueve, el perdón de los padres, es, más que un acto de bondad, una manifestación de pereza.

Querida Francisca, en mi próxima carta examinaremos un punto más sugestivo : la acción moral que ejerce sobre los niños la recompensa.